

ERNESTO MEJÍA SÁNCHEZ

LA VIDA EN LA OBRA DE ALFONSO REYES

Sobretiro de *Humanitas*, Anuario del Centro de Estudios Humanísticos,
Universidad de Nuevo León, Año II, Núm. 2.

A Thomas Merton, con admiración, afecto y agradecimiento, rogándole nos encomiende en sus oraciones. Su amigo en Cristo.

Ernesto Mejía Sánchez

Sin dte

LA VIDA EN LA OBRA DE ALFONSO REYES

ERNESTO MEJÍA SÁNCHEZ

Universidad Nacional Autónoma de México

POR MAYO, DEBIÓ DE SER POR MAYO de 1959, visité brevemente a Alfonso Reyes, quizá la vez penúltima. Nunca me di mucha prisa en tratarlo; a través de unos catorce o quince años que lo tuve cerca, esto puede parecer impiedad. La verdad es que yo sin pensar lo sentía o presentía como a los elementos primordiales del universo: permanentes, imprescindibles, y de alguna manera eternos, aun el día postrimero. Mis visitas fueron siempre precisas, aunque no propiamente urgentes. Pude pues tratarlo sin fatiga, pero también sin apremio. Visitas de buen afecto, alguna sorpresa, otra alegría, como cuando me le aparecí, fresca mi adquisición, con un retrato de frente de fray Servando Teresa de Mier, o, en compañía de Henrique González Casanova, con el primer ejemplar del *Libro jubilar*. Ciertas noticias sobre Mallarmé "entre nosotros", señales "entre libros", muchas "simpatías" sin "diferencias" permitieron de vez en vez, en los últimos años, la "grata compañía" de pocas horas: si espaciadas, nada asiduas, siempre sonreídas por la inteligencia generosa, hermoso fruto cordial. Un trato así no excluye la confianza ni, llegado el momento, la exclamación de las miserias humanas y divinas que estrechan al corazón más sereno. Pero no vine aquí a presumir de albacea de terribles secretos, que nunca los tuvo alma tan limpia, sino a proponer un ejemplo, una lección literaria, que acaso el propio Reyes hubiera visto con buenos ojos, a propósito de su misma obra.

Decía que por mayo era, por mayo, cuando Reyes, en una conversación lamentosa y desapacible, me dio al pasar y sin intención una llave de su obra, que sólo descubrí claramente después de su muerte. Se quejaba con recato de su dolencia de última hora, de la imposibilidad de rematar la obra a cada minuto comenzada, de la incomprensión tantas veces agresiva de propios y ajenos, y de repente, en un raptó de la mirada, que posó sobre el mueble